

Sasturain, Juan (noviembre 2004). *Quino : Lavado sin planchar o tres veces otro*. En: Encrucijadas, no. 28. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

Quino

Lavado sin planchar o tres veces otro

A 50 años de haber publicado su primer dibujo, y varios miles de dibujos después, Joaquín Lavado, más conocido como Quino, sigue siendo un referente indispensable de la cultura argentina. A lo largo de estas cinco décadas, varias generaciones han vivido en su compañía. Juan Sasturain analiza aquí las distintas etapas de tan vasta obra, siempre personal pero siempre renovada y, sobre todo, siempre coherente.

Juan Sasturain,

Escritor, periodista y guionista de historietas, ha publicado varios ensayos sobre historieta y humor gráfico en la Argentina. Fundó y dirigió la mítica revista Fierro. Actualmente trabaja en Página/12.

Vino impecable de origen. Vino Lavado de apellido y de salida. Prelavado casi: Quino empezó hace medio siglo con un dibujo tan limpio que no parecía para salir a la calle. Sólo de tablero. Porque en la calle, en las revistas, eso que él hacía no se usaba. Pero el muchachito mendocino con semisonrisa, anteojos ya y dos dedos de pelo todavía –sobre varios más de frente– tenía una línea tan clara como sus ideas. Por eso pudo ser él entre ajenos, sin ensuciar ni la línea ni las manos ni las ideas.

Así, en el principio, el principiante hacía un humor mudo que interrumpía cada semana, con varios minutos de silencio, las páginas saturadas de ruido verbal y gráfico del glorioso Rico Tipo de los cincuenta. Quino fue –como había sido Oski desde lo suyo– la posibilidad de otra cosa al margen del costumbrismo torrencial de humor porteño de Divito & Cía. Lo notable es que lo hiciera ahí y lo singular, en ese Quino primero, es que trabajara con humor callado y –además– con sujeto tácito. Sin personaje o rubro en qué descansar. Porque por entonces, y a diferencia de hoy, eran frecuentes las historietas unitarias de humor silente: Lino Palacio solía callarse con Don Fulgencio, Ferro siempre lo hacía con Cara de Ángel, Medrano nunca dibujó un globo en los Grafodramas de La Nación y eran varias las triviales tiras mudas sin marca de origen que poblaban la contratapa de La Razón, ese mercado persa.

Pero hay –se sabe– diferentes maneras de callar. La mayoría con el silencio dice poco o boludeces; los genios –Steinberg, Herriman, Sterret– casi demasiado: no falta nada, sobra sentido. Es lo que va de cualquier mimo a Buster Keaton. Lo de Quino fue siempre silencio elocuente; el gag único o la secuencia mínima con otra vueltita de tuerca, ese plus –de relato entrevisto, de apunte psicológico o social– que hizo que un calificado de la generación siguiente, Fontanarrosa, lo recortara contra su tiempo y el resto: “Quino aportó la inteligencia”. Eso es. Y puso un techo nuevo.

Pero no se enyesó. Aunque Quino entró en los sesenta armado y afamado, con un oficio hecho, otra vez –como una década atrás– no hizo lo que había o lo que solía él mismo hasta entonces sino otra cosa: de repente, Mafalda.

Limpiamente, Lavado saltó la valla de la mano de la petisa y en un solo gesto rompió su rutina y la de los medios. Asumió riesgos, como se dice ahora. Sobre el papel, cambió todo menos la línea y la obsesiva claridad: tomó la palabra, asumió la secuencia –tira autoconclusiva– y creó un personaje (y después pobló sus alrededores con otros). Nada de eso había hecho hasta entonces. Con todo el background y la historia del subgénero a sus espaldas –menos mochila que camino hecho: la melena de Nancy, la brillantez de María Luz, la barrita de los Peanuts, la ternura de Little Lulu–, Quino supo contar, como siempre, otra cosa.

Además, se mudó en el kiosco, porque Mafalda zafó de las pilas de tiras en lo que era por entonces el patio trasero de los diarios y también del confinamiento en las revistas “de chistes”. Quino ocupó con Mafalda un espacio original en un tipo de medio nuevo: Primera Plana, el semanario moderno de información y análisis político. Allí, como después en El Mundo y más tarde en Siete Días y durante una década larga, la nena y sus amigos establecieron una complicidad inédita con lectores avisados, cómplices en un juego con código propio: la historieta con chicos que no es para chicos porque habla (también) de otra cosa.

Esos diez tomos de Mafalda –porque con Quino el chiste entra en la librería: se guarda y se relee– son, además de una dilatada muestra de humor de rarísima perfección, una obra maestra fechada, una enciclopedia: el pensamiento vivo, temores, ilusiones, conflictos y opiniones de la clase media urbana en vísperas de la tragedia argentina que la diezmaría primero y la desclararía después.

Como si durante una década hubiese pedido la palabra, con Mafalda el elocuente Quino dijo todo lo que tenía que decir. Y después se volvió a callar. Acaso porque sobraban o faltaban las palabras para nombrar o comentar lo que se venía.

Porque hace treinta años, por tercera vez, Lavado le sacó punta al lápiz, cambió el plumín y empezó de nuevo. Necesitaba sacarse impurezas y basuritas de coyuntura, hábitos y estereotipias de un dibujo siempre limpio pero ya almidonado de tanto repetir caras y gestos queridos pero demasiado transitados. Suspiró hondo y, un poco más golpeado y serio o simplemente amargado ante ese mundo que no quiso que su nena compartiera, volvió a poner el énfasis ahí, en la pelea contra las fórmulas y las facilidades de la mano. A dibujar más y mejor sus ideas, destilar un humor conceptual, sutil y elaborado. Y lo ha hecho a su manera, con limpieza y la seguridad de los que se atreven a trabajar sin red. En las páginas impecables que regularmente entrega desde entonces, Quino ha logrado combinar el máximo de universalidad temática –su domicilio de lectura es poco menos que el mundo– con un tratamiento gráfico personalizado, si cabe el moderno, espantoso barbarismo: Quino ilustra ideas pero lo hace dibujando con pormenores, personas en contexto, gente en su sitio, según su expresión.

Porque el Quino de la madurez –realista o alegórico– suele dar cuenta minuciosa del cuerpo y de los objetos. Ya sea en secuencias de varios cuadros o en cuidadas escenas integrales en las que “sube la cámara” a lo Health Robinson, hay volúmenes y perfiles, una voluntad de torcer, arrugar y sutilizar la línea alguna vez planchada, para obligar a mirar lo que se ve, las personas y las cosas cada vez más presentes.

Lavado, bien lavado pero sin planchar, el joven Joaquín y el viejo Quino han sabido ser siempre el mismo y, cada vez, otro. Y no ha sido una estrategia para sobrevivir sino

simple coherencia. Algo que no se dibuja, pero que se nota al dibujar.

Del traje a rayas al traje a cuadros

Es tonto o propio de plumazo contar chistes gráficos, pasar a relato verbal la imagen o la secuencia dibujada. Sin embargo, puede ser necesario, incluso útil en ciertas circunstancias ejemplares. Caso Quino, Joaquín Lavado, el humorista argentino universal, Mafalda mediante. Pero no será preciso contar una tira de la nena del moño en este caso sino irse a los extremos todavía o ya no poblados por ella y compañía –el arranque y la actualidad– para verificar no sin asombro ciertas (de verdaderas) alevosas continuidades. Porque “el Quino de Mafalda”, el de los sesenta, el que se decanta y recorta del contenido y los valores de la tira, asumido como portavoz de la clase media informada y progresista del momento previo a la efusión de la sangre política –del mismo o parecido modo que los coetáneos Tato o Les Luthiers, cada uno a su manera– no es para nada “todo Quino” ni mucho menos el más rico. Más allá de los logros de su obra maestra absoluta, Mafalda puede ser leída también como un paréntesis entre preocupaciones mayores, una incursión en la historia, la crítica de costumbres y el comentario lateral de la actualidad que nunca resultó del todo cómodo para el mendocino universal. Siempre hubo –más allá de las certezas de la nena que empezó con las preguntas y terminó con casi todas las respuestas– un núcleo irreductible de inquietud e incertidumbre que Quino llevó consigo, trajo hasta hoy. Vamos a verlo.

Se sabe que su primer dibujo publicado –no en Esto es sino en la revista Dibujantes, en la sección “Futuros profesionales”– es una tira muda de cuatro cuadritos: el esquemático y amargado preso con traje a rayas pica piedras en el primero, se alegra de salir en libertad en el segundo, entra optimista a la agencia de empleos en el tercero y se amarga otra vez picando piedra en el último. Sólo ha cambiado el uniforme.

Uno de los últimos dibujos de Quino –o por lo menos el que él eligió últimamente para dar la cara en la tapa de la reciente exposición “Quino 50 años”– es un autorretrato de sentado en alta banqueta de trabajo, las manos en las rodillas y la mirada entre absorta, culposa, disculposa y triste vuelta al lector: está vestido curiosamente de preso pero, en lugar de ser a rayas, el traje es de cuadros de historietas. Historietas propias, claro. El primer dibujo es de 1954; el segundo, de medio siglo después. Qué tal.

Tal vez no sea forzar demasiado el sentido si decimos que la melancolía de la mirada del dibujado dibujante –del que se expone y del que se dibujó así expuesto– supone una vuelta de tuerca y muchas vueltas de la vida respecto de la esquemática visión de la primera secuencia.

Si el preso no tiene opción porque no elige su vida, cuando sale está también condenado por no tener vocación –proyecto propio: el reproche cruel de Mafalda a su mamá– y depender del mercado alienador. Condenado a hacer lo que no quiere porque no sabe (o no quiere) qué ser, está siempre como preso. En ese contexto –el del creador ilusionado que ha “encontrado su camino” vocacional en la profesión asumida como espacio de libertad– la elección se confunde con el sentido, le da sentido a la vida, más precisamente.

Medio siglo después de vida privada e historia pública, el creador siente que las trabas para el acceso a la plenitud, felicidad o como se llame, están mucho más allá del coraje para usar la libertad individual o las opciones vocacionales: no hay sólo

condicionamientos sino simple condición humana, a secas. Y esa condición asumida sin trampas viste para Quino un traje a rayas, a cuadros en su caso, un feroz pero siempre elegante estilo de escéptica melancolía que traspasa todas las modas.

Con el tiempo, la visión/obsesión incluso se ha oscurecido aún más. En su página semanal de la revista Viva, el 5 de septiembre pasado, Quino planta un inusual dibujo único y a toda página, copado por el negro: un desolado viejo de ojos hundidos, de aspecto desprolijo, que sin inmutarse ni ironía aparente formula su programa de vida: "Pues yo no pienso dejar este mundo sin antes hacerme un test de orientación vocacional para averiguar de qué otra forma podría haber desperdiciado mi vida..."

En fin: "He cometido el peor de los pecados..." dijo uno que sabía de qué hablaba. Apaga y vámonos.

J. S.
Texto publicado en el catálogo de la exposición "Quino 50 años".